

su derrota en Xaquixaguana, cuando Garcilasso siguió el ejemplo de los demás facciosos, y se pasó al enemigo. Pero esta prueba de lealtad, aunque le libró la vida, fue demasiado tardía para salvarle la honra y acreditarlo con el partido victorioso; y la desconfianza que inspiró por la parte que tuvo en la rebelión, fue fatal para su fortuna en adelante, y según parece hasta para la de su hijo.

La madre del historiador pertenecía á la familia real del Perú. Era sobrina de Huayna Capac y nieta del célebre Tupac Inca Yupanqui. Garcilasso, al mismo tiempo que manifiesta su satisfacción porque corre por sus venas la sangre del civilizado europeo, siente mucho orgullo al considerar que descende de la real dinastía del Perú; y daba prueba de esto al combinar con su apellido el título que distinguía á los príncipes peruanos, firmándose siempre Garcilasso Inca de la Vega.

Pasó Garcilasso sus primeros años en el país de su nacimiento, donde fue educado en la religión católica, y aprendió cuanto podía aprenderse en medio del constante ruido de las armas y de las discordias civiles. En 1560, habiendo cumplido veinte años, se marchó de América, y desde entonces vivió en España. En la península tomó servicio, y fue capitán en la guerra contra los moriscos, y después á las órdenes de don Juan de Austria. Aunque se portó honrosamente en su carrera, no parece haber quedado muy satisfecho con la recompensa que el gobierno dió á sus servicios. La traición del padre influyó en la suerte del hijo, y Garcilasso nos asegura que esta circunstancia hizo inútiles todos sus esfuerzos por recobrar la vasta herencia de propiedad territorial perteneciente á su madre, y que había sido confiscada en provecho de la corona. Tales eran las preocupaciones contra él, refiere el mismo, que no pudo recobrar sus derechos, y abandonó el ejército tan pobre y con tantas deudas, que no creyó conveniente volver á presentarse en la corte, sino que determinó retirarse á una oscura soledad en que pudiese pasar el resto de sus días, desengañado del mundo y de sus vanidades.

La escena de esta oscura soledad, no era, como pudiera creerlo el lector engañado por este tono de resignación filosófica, el rincón de alguna selva solitaria, sino la ciudad de Córdoba, alegre corte en otro tiempo de la ciencia musulmana y entonces residencia de una numerosa y activa población. Aquí se dedicó nuestro filósofo á sus trabajos literarios, tanto más dulces y consoladores á su ánimo afligido, cuanto que tenían por objeto referir las ya ajadas glorias de su patria, y presentarlas en todo su primitivo esplendor á sus compatriotas adoptivos, y no tengo motivo, dice en su prefacio á su relación de la Florida, para quejarme de que la fortuna no se me ha mostrado favorable, ya que esta circunstancia me ha abierto la carrera de las letras, en que espero alcanzar fama más vasta y más duradera que la que pudiera proporcionarme la mundana prosperidad.

En 1609 publicó la primera parte de su gran obra, los *Comentarios Reales*, consagrada á la historia de su país bajo el reinado de los Incas; y en 1616, pocos meses antes de morir, concluyó la segunda parte que abraza la historia de la conquista, que se publicó en Córdoba el año siguiente. El cronista que así terminó sus trabajos con su vida, murió á la edad de sesenta y seis años. Dejó una cantidad de dinero muy considerable para que se invirtiese en misas por su alma, probando así que la miseria de que se lamentaba no se ha de tomar al pie de la letra. Enterósele en la catedral de Córdoba, en una capilla que lleva el nombre de Garcilasso; y se puso en su sepulcro una inscripción en que consta el respeto con que se le miraba tanto por su carácter como por sus trabajos literarios.

La primera parte de los *Comentarios Reales* trata, como ya hemos dicho, de la historia antigua del país, presentado en cuadro completo de su civilización bajo el cetro de los Incas, mucho más completo que el de todos los demás historiadores. La madre de Garcilasso no tenía más que diez años de edad cuando ascendió á mas bien usurpó el trono, como dice el partido del Cuzco, su primo Atahualpa. Tuvo la dicha de librarse de la matanza que, según el cronista, sufrió toda la parentela, y siguió viviendo con su hermano en la antigua capital después de la conquista. Sus conversaciones se referían naturalmente á los buenos tiempos del mando del Inca que adornados por los gratos sentimientos que les inspiraban, no perderían nada de su brillante colorido vistos al través del prisma de lo pasado. El joven Garcilasso escuchaba con ardiente interés las historias en que se refería la magnificencia y las proezas de sus reales antecesores, y aunque no hizo uso de ellas entonces, se grabaron profundamente en su memoria y allí se atesoraron para salir en otra ocasión. Cuando después de transcurridos muchos años, se disponía en Córdoba á escribir la historia de su país, escribió á sus antiguos compañeros y discípulos de la familia Inca, para obtener más noticias que las que estaban á su alcance en España sobre varias materias de interés histórico. En su juventud había visto las antiguas ceremonias y usos de sus compatriotas, entendía la ciencia del quipus y conocía muchas de las primitivas tradiciones del país. Con el auxilio que ahora le proporcionaron sus parientes del Perú, se familiarizó con la historia de la gran raza Inca y de sus instituciones nacionales hasta un punto á que nadie hubiera podido llegar, á menos que no se hubiese educado en el país, hablando el mismo idioma, y sintiendo correr en las venas la misma sangre india. Garcilasso, en una palabra, era el representante de la raza conquistada; y es claro que debe dar á su pintura un colorido muy diferente del que le daban los conquistadores.

Esto es lo que hasta cierto punto sucede; y esta circunstancia nos proporciona un medio de comparación que por sí solo bastaría á dar un gran valor á sus obras como guía para llegar al conocimiento de la verdad histórica. Pero Garcilasso escribió en una edad avanzada, cuando ya la historia había sido referida muy á menudo por autores españoles. Naturalmente trató con mucha consideración á hombres altamente nobles tanto por su saber como por su posición social. Su objeto al escribir, según dice, no era tanto añadir por su parte nada nuevo, como corregir los errores y equivocaciones en que aquellos habían incurrido por su ignorancia del idioma y de las costumbres del pueblo peruano. Pero en realidad pasa mucho más adelante; y el vasto acopio de noticias que ha reunido es un depósito de que trabajadores portentosos en el mismo campo han sacado abundantes materiales. El escribe con todo su corazón, é ilustra todos los asuntos que toca con tal variedad y riqueza de pormenores, que no deja nada que desear á la curiosidad más nimia. La diferencia que existe entre sus comentarios y las relaciones de los escritores europeos, es la misma que hay entre leer una obra en el original y leerla en una pálida traducción. Los escritos de Garcilasso son una emanación del espíritu indio.

Sin embargo sus comentarios dan lugar á una grave duda, y una que se deduce naturalmente de su posición. Dirigiéndose al alto culto europeo, deseaba presentar las antiguas glorias de su pueblo, y aun de la raza Inca, en su punto de vista más imponente. Este fue sin duda alguna el gran estímulo que tuvo para escribir ya que no le había dado elementos para ello su anterior educación, por buena que fuese para la época atrasada en que vivía. Garcilasso escribió

para alcanzar un objeto particular. Se presentó como abogado de sus desdichados compatriotas, defendiendo la causa de esa raza degradada ante el tribunal de la posteridad. El tono exagerado de panérgico que de esto naturalmente resulta, se descubre á cada página. Retrata un estado social que á un escritor utópico parecería exagerado. Sus reos antecesores se convierten en modelo de todas las perfecciones imaginables, y vuelve á nacer el siglo de oro para una nación que, mientras que arde la guerra del proselitismo en sus fronteras, disfruta interiormente todos los beneficios de la paz y de la tranquilidad. Hasta el esplendor material de la monarquía, ya por sí bastante grande en esta tierra de oro, se convierte bajo la ardiente pluma del cronista indio, en las deslumbradoras ilusiones de un cuento de hadas.

Sin embargo hay un fondo de verdad en sus relatos incoherentes, y haremos al historiador indio la justicia de creer que él estaba muy persuadido de la verdad de todas las cosas maravillosas que contaba. No hay credulidad comparable á la del recién convertido al cristianismo. En las tinieblas del paganismo se han debilitado sus ojos, y cuando los abre á la luz de la verdad no tienen la suficiente fuerza para calcular las exactas proporciones de los objetos, ni para distinguir lo verdadero de lo imaginario. Garcilasso, es verdad, no había sido convertido, ya que desde su infancia se le educó en la religión católica; pero estaba rodeado de convertidos y neófitos, hombres de su misma raza, quienes después de practicar toda su vida los ritos del paganismo, entraban por primera vez en el seno de la Iglesia. Oyó las lecciones del misionero; aprendió de él á creer implícitamente en las maravillosas leyendas de los santos, y las no menos maravillosas relaciones de sus propias victorias, que había alcanzado en sus combates espirituales para propagar la fe. Así, acostumbrado desde su infancia á estas exigencias de la credulidad, su razón perdió la facultad celeste de distinguir la verdad del error, y llegó á familiarizarse tanto con los milagros, que los milagros dejaron de ser para él milagrosos.

Pero á pesar de lo mucho que por estas razones debemos eliminar de sus crónicas, siempre hay en lo que dice un germen de verdad que no es difícil descubrir, y aun despojarlo de los fantásticos adornos que lo cubren; y después de conceder mucho á las exageraciones de la vanidad nacional, encontraremos gran abundancia de datos legítimos relativamente á las antigüedades del país, que en vano buscaríamos en los escritos del europeo.

La obra de Garcilasso refleja la imagen del siglo en que vivió. Diríjese á la imaginación más bien que á la razón fría. Nos deslumbra con el espectáculo brillante que siempre presenta, y nos deleita con la abundancia de pormenores divertidos y chistes animados que salpican sus páginas. La historia de la acción alterna perpetuamente con discusiones sobre asuntos que ilustran su curso, de manera que se interrumpe la monotonía de la narración, y el lector se siente aliviado de un modo agradable. Esto sucede en la primera parte de su gran obra. En la segunda ya no había lugar para tales discusiones; pero ha suplido su falta con recuerdos, anécdotas personales, aventuras, incidentes y una multitud de pormenores triviales, á lo menos á los ojos de los pedantes, que los historiadores se han inclinado demasiado á menudo á apartar de sí como indignos de la magestad de la historia. Vemos á los actores de este gran drama con su traje de todos los días, nos enteramos de sus hábitos personales, escuchamos sus dichos familiares, y en una palabra, recogemos esas bagatelas que reunidas constituyen la vida y el carácter de las personas.

Esta confusión de lo grande y de lo pequeño, mez-

clado así sin arte, es lo que constituye una de las grandes excelencias de este cronista antiguo y pintoresco. En escritos de esta clase es en los que podemos tratar de encontrar el espíritu y la forma del siglo. Los documentos públicos corroídos por el tiempo, la correspondencia oficial, son cosas útiles, indispensables á la historia. Constituyen la armazón en que esta ha de descansar; el esqueleto de hechos que le dan fuerza y señalan sus dimensiones. Pero son tan inútiles como los huesos secos de ese esqueleto si no la revisten la forma y el traje de la humanidad, y si no respira el espíritu del siglo. Mucho debemos al anticuario que con exactitud y paciencia forma las anchas y sólidas bases de la verdad histórica; y no menos al filósofo analizador que presenta al hombre con el traje de su vida pública, al hombre con máscara; pero no por esto debemos negar nuestra gratitud á hombres como Garcilasso, y como muchos novelistas de la edad media, que presentan el espejo á la humanidad, y hacen reflejar en él las interioridades de la vida, lo grande y lo bajo, lo hermoso y lo contrahecho, con todos sus accidentes naturales y con todo su legítimo colorido. Como obra artística, quizás se creará que un trabajo de esta especie no merece siquiera los honores de la crítica; pero aunque desafíe las reglas del arte en la composición, no por esto viola los principios del gusto; porque se conforma al espíritu del siglo en que se escribió. Y el mismo crítico que lo condena apoyado en los severos principios del arte, encontrará un encanto en su sencillez que le obligará á volver á hojear sus páginas mientras que deje á un lado olvidadas composiciones más clásicas y correctas.

Esta obra adquirió tanta popularidad, que fue traducida al inglés por Sir Paul Ricaut, é impresa en Londres en 1688. Se conoce que el traductor no entendía una palabra del original, y así es que su obra está plagada de los más ridículos errores. Pero aun así, tan interesante es el original, que esta malísima versión gozó de mucho favor con el público inglés.

### LIBRO III.

#### CONQUISTA DEL PERÚ.

##### CAPITULO PRIMERO.

Recibimiento de Pizarro en la corte.—Su capitulación con la corona.—Visita el lugar de su nacimiento.—Su regreso al Nuevo Mundo.—Disensiones con Almagro.—Su tercera expedición.—Aventuras en la costa.—Batallas en la isla de Puná.

(1528—1531.)

PIZARRO y su oficial, después de atravesar el Istmo, se embarcaron en nombre de Dios para la metrópoli, y después de un viaje muy bueno, llegaron á Sevilla á principios del verano de 1528. Sucedió que se hallaba entonces en aquel punto un hombre muy conocido en la historia de las aventuras de los españoles con el nombre del bachiller Enciso. Había tenido parte muy activa en la colonización de Tierra Firme, y era acreedor de algunos de los primeros colonos de Darien, en cuyo número se contaba Pizarro. Inmediatamente que este desembarcó, pidiósele á solitud de Enciso por el pago de la deuda. Pizarro, que había huído de su país como un pobre aventurero, sin familia ni hogar, después de una ausencia de más de veinte años pasados casi todos en medio de padecimientos y trabajos sin ejemplo, se vió alojado en una cárcel á su vuelta. Este era el principio de aquella carrera brillante que, según lo pensaba él, le abría los brazos en su país. Este hecho causó una indigna-

ción general; y apenas supo la corte su llegada á la Península, y el gran objeto de su misión, cuando se despachó la orden para que se le pusiera en libertad, con permiso de proseguir inmediatamente su viaje.

Pizarro encontró al emperador en Toledo, de que debía salir muy pronto á fin de embarcarse para Italia. España no era la residencia favorita de Carlos V en la primera época de su reinado. Ahora se encontraba en aquel período de él en que estaba disfrutando de toda la gloria de sus triunfos contra su intrépido rival francés, á quien había vencido y tomado prisionero en Pavía; y el vencedor se preparaba en estos momentos á pasar á Italia para recibir la corona imperial de manos del soberano pontífice. Embriagado con sus triunfos y con su elevación al trono alemán, Carlos hacía poco caso de su reino hereditario, ya que su ambición le abría carrera tan brillante en el ancho campo de la política europea. Hasta ahora había recibido utilidades demasiado cortas de sus posesiones trasatlánticas para concederles toda la atención que merecían. Pero al hacerle presente la conquista de Méjico y las brillantes esperanzas relativas al continente del Sur, conoció su importancia como elementos que podrían proporcionarle los medios necesarios para llevar adelante sus ambiciosas y costosísimas empresas.

Pizarro, pues, que había venido ahora á convencer el real ánimo con pruebas palpables de la verdad de los rumores sobre un país de oro que de cuando en cuando habían llegado á Castilla, fue recibido con suma condescendencia y bondad por el emperador. Carlos examinó muy minuciosamente los diferentes objetos que su súbdito le presentaba. Lo que le interesó especialmente fue el llama, tan notable como la única acémila que hasta entonces se había descubierto en el nuevo Continente; y los delicados tejidos fabricados con su lana, le daban mucho más valor á los ojos del monarca sagaz, que el mérito que pudiera tener el animal aplicado al trabajo. Pero las muestras de objetos de oro y de plata, y la historia maravillosa que refería Pizarro de la abundancia de metales preciosos debieron satisfacer hasta las últimas exigencias del apetito real.

Pizarro, lejos de sentirse cortado por su nueva posición, conservó su acostumbrada calma y sangre fría, y manifestó en sus tratos aquel decoro y aun dignidad que son naturales al castellano. Hablaba en estilo sencillo y respetuoso, pero con la sinceridad enérgica y elocuencia natural del que ha sido actor en las escenas que describe, y que sabe que de la impresión que haga en su auditorio depende su suerte futura. Todos escuchaban con interés sumo la historia de sus extraordinarias aventuras por mar y tierra, sus incursiones en los bosques, ó en los tristes y pestíferos pantanos de la costa, sin alimento, casi sin vestido, con los pies destrozados y sangrientos á cada paso que daban, disminuido el número de sus pocos compañeros por las enfermedades y la muerte, y sin embargo, siguiendo sus planes con valor invencible para extender el imperio de Castilla, y el nombre y el poder de su soberano. Pero cuando pintó su situación solitaria en la triste isla, abandonado por el gobierno y por todo el mundo menos por un puñado de compañeros consagrados enteramente á él, arrancó lágrimas, empresa no muy fácil, á su régio auditorio. Al marcharse de Toledo, Carlos confió los asuntos de su vasallo á la consideración del consejo de Indias, recomendándolos de la manera más favorable (1).

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Naharro, Relación sumaria, MS.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.

«Hablaba tan bien en la materia, que se llevó los aplausos y atención en Toledo donde el emperador estaba; dióle audiencia con mucho gusto, tratólo amoroso y oyóle tierno, especialmente cuando le hizo relación de su consistencia y de

Hallábase al mismo tiempo en la corte otro hombre que había venido del Nuevo Mundo á un negocio idéntico, pero cuyas espléndidas hazañas le habían dado ya un nombre que oscurecía la naciente reputación de Pizarro. Este hombre era Hernán Cortés, el conquistador de Méjico. Había venido á Europa á poner un imperio á los pies de su soberano, y á pedirle justicia para sus agravios y recompensa para sus servicios. Hallábase al fin de su carrera, así como se encontraba Pizarro al principio de la suya; el conquistador del Norte y el del Sur eran los dos hombres escogidos por la Providencia para derribar las más poderosas dinastías americanas, y para abrir las doradas puertas que habían de dejar pasar el torrente de los tesoros de América á las arcas de España.

A pesar de la recomendación del emperador, los asuntos de Pizarro no salían de ese paso lento que es propio de toda clase de negocios en la corte de Castilla. Vió que sus escasos recursos poco á poco se iban agotando con los gastos que le imponía su posición; é hizo presente que como no se adoptase pronto una determinación relativa á su demanda, por favorable que aquella pudiese ser luego, sería demasiado tarde para él y ya no le sería lícito aprovecharse de sus ventajas. La reina, por consiguiente, que se había encargado del asunto cuando marchó su marido, lo despachó de una vez, y el 26 de julio de 1529 se celebró la memorable capitulación que indicaba y contenía los poderes y privilegios de Pizarro.

El célebre instrumento aseguraba á este jefe el derecho de descubrimiento y conquista de la provincia del Perú, ó Nueva Castilla (como se llamó al país, así como á Méjico se había dado el nombre de Nueva España) hasta la distancia de doscientas leguas al Sur de Santiago. Se le debían conferir el título y dignidad de gobernador y capitán general de la provincia, juntamente con los de adelantado y alguacil mayor para toda su vida, con un sueldo de setecientos veinte y cinco maravedís, y obligación de mantener á ciertos oficiales y servidores correspondientes á la dignidad de su rango. Concediósele el derecho de construir ciertas fortalezas, con absoluto gobierno de ellas; señalar encomiendas de indios, con las restricciones que indicaba la ley; y en fin, el ejercicio de casi todas las prerogativas anejas á la autoridad de un virrey.

A su compañero Almagro se le nombró comandante de la fortaleza de Tumbes, con una renta anual de trescientos mil maravedís, y además con el rango y privilegios de hidalgo. El reverendo padre Luque recibió la recompensa de sus servicios en el obispado de Tumbes, y también se le declaró protector de los indios del Perú. Señalósele el sueldo anual de mil ducados, que, como todos los demás sueldos y recompensas contenidas en la capitulación, habían de salir de las rentas del país conquistado.

Ni se olvidó tampoco á los partícipes subalternos de la expedición. Ruiz recibió el título de gran piloto del Océano del Sur, con un amplio sueldo; á Candia se le dió el mando de la artillería; y á los once compañeros más de la isla desierta, se les creó hidalgos y caballeros, confiriéndoles cierto rango municipal, todo por supuesto en esperanzas.

También se adoptaron algunas disposiciones liberales para estimular la emigración á aquel país. Eximióse á los nuevos pobladores de algunas de las contribuciones más pesadas, aunque usuales, como la alcabala, ó modificáronse considerablemente en su favor. Los derechos que correspondían á la corona en los metales preciosos que se extraían de las minas, se redujeron al principio á la décima parte, en lugar de la quinta que se les imponía cuando se ganaban por cambios ó saqueo.

los trece compañeros en la isla en medio de los trabajos.» Montesinos, Anales, MS., año 1528.

Mandóse espresamente á Pizarro que observase los reglamentos vigentes para el buen gobierno y protección de los indígenas; y se le exigió que llevase consigo cierto número de eclesiásticos, con quienes había de aconsejarse durante la conquista del país, y cuyos esfuerzos debían consagrarse al servicio y conversión de los indios, mientras que por otra parte se prohibía severísimamente á los abogados y escribanos que pusiesen el pie en las nuevas colonias, considerándose que su ominosa presencia no era buen agüero para la armonía y tranquilidad de sus habitantes.

Pizarro á su vez se obligaba á levantar, dentro de seis meses después de la fecha del documento, una fuerza bien equipada para el servicio de doscientos y cincuenta hombres, ciento de los cuales podía sacar de las colonias; y el gobierno se comprometía á proporcionarle algunos leves recursos para la compra de artillería y pertrechos militares. Finalmente, debía prepararse en seis meses después de su vuelta á Panamá á salir de aquel puerto y á embarcarse en su expedición (1).

Tales son algunos de los puntos principales de esta capitulación, por medio de la cual el gobierno español, con la política sagaz que observaba en semejantes ocasiones, estimulaba las esperanzas ambiciosas del aventurero con títulos pomposos, y amplias promesas de recompensas que dependían del buen éxito; pero se abstenia cuidadosamente de aventurar lo más mínimo en el resultado de la empresa. Tenía cuidado de recoger los frutos de su trabajo, pero no pagar su coste.

Una circunstancia que no puede dejar de notarse en estos tratos es que mientras que los empleos elevados y lucrativos se acumulaban en Pizarro, casi se excluía á Almagro su compañero que, si no se había visto espuesto á tantos trabajos y riesgos personales, á lo menos había llevado á medias con él el peso de la empresa, y con sus esfuerzos en otra dirección había contribuido esencialmente á su buen éxito. Almagro había cedido voluntariamente el puesto de honor á su socio; pero habíase estipulado cuando Pizarro salió para España, que al paso que solicitase el empleo de gobernador y capitán general para sí, obtuviere el de adelantado para su compañero. Igualmente se había comprometido á pedir el obispado de Tumbes para el cura de Panamá, y el empleo de alguacil mayor para el piloto Ruiz. En cuanto al obispado cumplió su palabra, porque no era posible que el soldado absorbiese también la mitra del prelado; pero en cuanto á los demás empleos, en lugar de repartirlos según se había convenido, los concentró todos en su persona. Sin embargo, hablando de los deseos de sus amigos fue, cuando antes de salir de Panamá, había prometido solemnemente mirar por todos, como lo prescribían la justicia y la lealtad (2).

El cronista militar Pedro Pizarro, sostiene que efectivamente su pariente solicitó con toda eficacia el empleo en favor de Almagro; pero que se lo negó el gobierno por la razón de que empleos de tan gran importancia no podían confiarse á distintos individuos. Los malos efectos de la separación se habían sentido

(1) Este notable documento, que antes estaba en los archivos de Simancas y ahora en el archivo general de las Indias en Sevilla, fue copiado para la rica colección de don Martín Fernández de Navarrete, á cuya bondad debo la copia que poseo.—Lo traslado por entero en el Apéndice núm. 7.

(2) «Al fin se capituló que Francisco Pizarro negociase la gobernación para sí, para Diego de Almagro el adelantamiento, y para Hernando de Luque el obispado, y para Bartolomé Ruiz el alguacilazgo mayor; y mercedes para los que quedaban vivos de los trece compañeros, afirmando siempre Francisco Pizarro que todo lo quería para ellos, y prometiendo que negociaría lealmente y sin ninguna cautela.» Herrera, Historia general, dec. IV, lib. III, capítulo I.

hacia mucho tiempo en más de una de las colonias americanas, en que había suscitado rivalidades y aun muertes (3). Pizarro, pues, viendo que no se hacía caso de sus razones, no tuvo más alternativa que reasumir los empleos en su persona, ó dejar que se malograra la expedición. Esta esplicación del negocio no ha sido sancionada por otros historiadores contemporáneos. Los temores manifestados por Luque cuando Pizarro se encargó de la misión, fundados sin duda en el conocimiento de su carácter, nos inclinan á no dar entero crédito á la vindicación de su conducta, y nuestra desconfianza crecerá á medida que sepamos los hechos de su carrera posterior. La virtud de Pizarro no era de las que no ceden á la tentación, aunque esta fuese mucho más pequeña que la que ahora encontraba en su camino.

El dicho aventurero recibió también la merced del hábito de Santiago (4); y se le autorizó á hacer una innovación importante en su escudo de armas, porque por parte de su padre tenía derecho á ellas. El águila negra y las dos columnas, blasonadas en las armas reales, se incorporaron á las de los Pizarros; una ciudad india, con un buque á lo lejos y el llama del Perú, revelaban el teatro y el carácter de sus hazañas; mientras que anunciaba la leyenda que bajo los auspicios de Carlos, y por medio del trabajo, ingenio y recursos de Pizarro, se había descubierto el país y reducido á la tranquilidad; lo que indicaba modestamente sus hechos pasados y lo que aun ocultaba en su seno el porvenir (5).

Arreglados todos estos puntos de una manera satisfactoria para Pizarro, salió de Toledo para Trujillo, el lugar de su nacimiento, en Estremadura; donde creyó más probable encontrar reclutas para su nueva empresa, y donde sin duda satisfacía su vanidad presentarse en el estado próspero, ó á lo menos lleno de esperanzas, de su situación presente. Si alguna vez es perdonable la vanidad, es sin duda alguna cuando la vemos en un hombre que, nacido en la oscuridad, sin familia, sin apoyo y sin amigos que le favorezcan, solo por medio de sus propios recursos venció todos los obstáculos que la naturaleza y las circunstancias habían colocado en su carrera. Tal era la posición de Pizarro cuando volvió á visitar el lugar de su nacimiento, donde hasta entonces no se le había considerado más que como un pobre huérfano desterrado, sin hogar que lo abrigase, sin padre que lo reconociese, sin amigos que le diesen protección. Pero ahora encontró amigos y personas dispuestas á seguirlo, y muchos que aspiraban á probar su parentesco con él, y á asociarse á su destino futuro. Entre estos había cuatro hermanos. Tres de ellos, lo mismo que él, eran ilegítimos, y uno de estos, llamado Francisco Martín de Alcántara, era hermano suyo por parte de madre; los otros dos, Gonzalo y Juan Pizarro, descendían del padre. Todos eran pobres, y tan orgulosos como pobres, dice Oviedo, que los había visto; «ó tan sin hacienda como deseosos de alcanzarla (6).»

(3) «Y don Francisco Pizarro pidió, conforme á lo que llevaba capitulado y ordenado con sus compañeros ya dichos, y en el consejo se le respondió que no había lugar de dar gobernación á dos compañeros, á causa de que en Santa Marta se había dado así á dos compañeros y el uno había muerto al otro... Pues pedido, como digo, muchas veces por don Francisco Pizarro se les hiciese merced á ambos compañeros, se le respondió la pidiese para sí, si no que se daría á otro, y visto que no había lugar lo que pedía y quería, pidió se le hiciese la merced á él, y así se le hizo.» Descub. y Conq., MS.

(4) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 182.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. XVIII, cap. I.—Caro de Torres, Hist. de las órdenes militares (ed. Madrid, 1629), pág. 115.

(5) «Caroli Cæsaris auspicio, et labore, ingenio, ac impensa Ducis Pizarro inventa, el pacta.» Herrera, Hist. general, dec. IV, lib. VI, cap. V.

(6) Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. I.

El otro hermano, que era el mayor, llamábase Hernando, y era legítimo, dice el mismo escritor cáustico, tanto en la soberbia como en la cuna. Sus facciones eran feas y aun desagradables; pero era de buena estatura, y, como su hermano Francisco, tenía una presencia imponente (1). En su carácter combinaba todos los peores defectos del castellano. Era escesivamente celoso, rencoroso; no solo cuando se trataba de una afrenta, sino del mas leve desaire, é implacable en su resentimiento. Era resuelto en sus medidas, y tenía pocos escrúpulos en cuanto á su ejecución. Ni el mas leve asomo de compasión detenía su brazo. Su arrogancia era tal, que siempre estaba lastimando el amor propio de los que estaban al lado de él, creando así una mala voluntad que sin necesidad alguna multiplicaba los obstáculos que tenía que combatir. En esto se diferenciaba de su hermano Francisco, cuyos modales corteses suavizaban las dificultades, y le aseguraban la confianza y la cooperación de los demas en sus empresas. Por desgracia los malos consejos de Hernando ejercían en su hermano una influencia que desvirtuaba las ventajas que podían sacarse de su singular aptitud para los negocios.

A pesar del interés general que las aventuras de Pizarro excitaban en su país, no encontró este en él todas las facilidades que esperaba para cumplir con las condiciones de la capitulación en lo tocante al número de gente que había de levantar. Aquellos á quienes mas asombraba su narración no eran siempre los que mas se inclinaban á seguirlo en la continuación de ella. Tenían miedo á los trabajos sin ejemplo que amenazaban al aventurero en aquellos países; y escuchaban con visible incredulidad las espléndidas relaciones de los templos dorados y de los jardines de Tumbez, en que creían descubrir el colorido de la imaginación con el fin de atraer reclutas á sus banderas. Dícese que Pizarro no hubiera podido reunir los fondos que necesitaba, á no haber sido por el oportuno auxilio de Cortés, natural de Estremadura como él, su compañero de armas en sus primeros tiempos, y, según dicen, su pariente (2). Nadie estaba en mejor situación para dar la mano á otro aventurero, y quizás nadie tenía mas simpatía por él, ni mayor confianza en el éxito de su empresa que el que hacía tan poco tiempo que había recorrido con tanta gloria las faces de una carrera igual.

Habían transcurrido los seis meses señalados por la capitulación, y Pizarro había reunido alguna menos gente que la estipulada, y con ella estaba preparándose á embarcar en Sevilla en tres buques que tenía á su disposición; pero antes de estar enteramente listo recibió noticias de que algunos empleados del consejo de Indias pensaban examinar el estado de sus buques, y averiguar hasta qué punto había cumplido lo pactado.

Pizarro, pues, sin pérdida de tiempo, temeroso de que si se sabía la verdad se malograra la expedición en su germen, se dió á la vela en el acto, y pasando la barra de San Lúcar en enero de 1530, gobernó para la isla de la Gomera, una de las Canarias, donde mandó á su hermano Hernando, á quien confió los demas buques, que se le reuniesen.

Apénas se hubo marchado, cuando llegó la comisión investigadora; y cuando se quejó de la escasez de hombres, se la engañó, quizás voluntariamente

(1) La pintura que de él hace Oviedo no le es muy favorable y escribe como quien conocía demasiado bien el original. «E de todos ellos el Hernando Pizarro solo era legítimo, é mas legitimado en la soberbia; hombre de alta estatura é grueso, la lengua é los labios gordos, é la punta de la nariz con sobrada carne é encendida, y este fue el desaguardador y estorbador del sosiego de todos y en especial de los dos viejos compañeros Francisco Pizarro é Diego de Almagro.» Hist. de las Indias. MS., ubi supra.

(2) Pizarro y Orellana, Varones ilustres, pág. 145.

por su parte, con el pretexto que los demas se habían ido con Pizarro en su buque. Lo cierto es que no se pusieron mas obstáculos á Hernando, y que se le permitió seguir su viaje, en que, como estaba convenido, se reunió con su hermano en la Gomera.

Después de un viaje feliz, los aventureros llegaron á la costa del Norte del gran continente del Sur, y fundearon en el puerto de Santa Marta. Aquí recibieron tan desconsoladoras noticias sobre el país á que se dirigían, de bosques llenos de insectos y de serpientes venenosas, de caimanes colosales que hormigueaban en las márgenes de los ríos, y de trabajos y peligros tan superiores á los que habían imaginado, que varios soldados de Pizarro desertaron; y considerando su jefe que no convenía permanecer mas tiempo en lugar tan poco favorable; se dió de una vez á la vela para Nombre de Dios.

Poco después de llegar á este punto vinieron á verlo sus dos socios, Luque y Almagro, que habían hecho el viaje al través de las montañas con el único objeto de saber de su boca misma y con toda exactitud los verdaderos pormenores de la capitulación de la corona. Grande fue, como era de esperar, el disgusto de Almagro al saber el resultado de lo que consideraba como intrigas pérdidas de su compañero. Así es, exclamó, como habeis tratado á un amigo que ha partido con vos todos los riesgos y todos los gastos de la empresa; y esto á pesar de habernos prometido solemnemente al marchar que miraríais por los intereses de vuestros socios como por los vuestros mismos. ¿Cómo habeis podido consentir en que así se me deshonre á los ojos del mundo con tan miserable compensación, que parece apreciar mis servicios como nulos comparados con los vuestros (3)?

Pizarro le contestó asegurándole que había hecho lealmente toda clase de esfuerzos para satisfacer sus deseos, pero que el gobierno se había negado á confiar á manos distintas facultades que tenían tantos puntos de contacto entre sí. No había tenido mas alternativa que aceptarlo todo para sí ó rehusarlo todo; y trató de mitigar el disgusto de Almagro diciéndole que bastante grande era el país para la ambición de los dos, y que en realidad sus facultades le pertenecían lo mismo que á él porque todo lo que Pizarro tuviese estaba á la disposición de su amigo como si fuese cosa propia. Pero estas palabras amables no bastaron á satisfacer al que se creía injuriado; y ambos capitanes volvieron poco después á Panamá con sentimientos de despego, ó quizás de hostilidad, que no eran de buen agüero para la empresa.

Sin embargo Almagro tenía un carácter generoso, y hubiera quizás quedado satisfecho con las concesiones políticas de su rival, á no ser por la intervención de Hernando Pizarro que, desde el primer momento en que se vieron, manifestó poco respeto al veterano, respeto que no inspiraba por cierto su estatura diminuta, y que lo consideraba con particular aversión como impedimento en la carrera de su hermano.

Los amigos de Almagro, y eran muchos los que le habían adquirido sus maneras francas y generosas, estaban tan disgustados como él con la conducta soberbia de su nuevo aliado. Decían en alta voz que ya bastaba con ser víctima de la perfidia de Pizarro, y no verse además espuesto á los insultos de su familia que ahora había venido á medrar con los despojos de la conquista que pertenecían á su jefe. La disputa llegó á tal punto de irritación, que Almagro declaró que pensaba llevar adelante la expedición sin el auxilio de su compañero, y llegó á entablar negociaciones para la compra de buques á fin de ejecutarla así. Pero afortunadamente llegaron en aquella época de Santo Domingo Luque y el licenciado Espinosa, é interpu-

(3) Herrera, Hist. general, dec. IV, lib. VII, cap. IX.— Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

sieron su mediación para reparar una desavenencia cuyo término había de ser la ruina de sus proyectos, y la destrucción probable de los mas interesados en que tuviese éxito feliz. Gracias á ellos, se celebró al cabo una reconciliación aparente, consintiendo Pizarro en abandonar su empleo de adelantado en favor de su rival, y prometiendo enviar al emperador un memorial para que le confirmase la posesión; cosa que, como es fácil descubrir, no estaba muy de acuerdo con lo que Pizarro había dicho antes sobre las intenciones de la corona al conferirle este empleo. Además debía pedir un gobierno separado para su socio en cuanto fuese dueño de la región que le había sido señalada; y se comprometía á no solicitar empleo alguno para sus hermanos hasta que Almagro estuviese satisfecho con lo que se le diese. Por fin, ratificóse y confirmóse de la manera mas solemne el anterior contrato relativo á la división de los despojos en tres partes iguales, que se habían de repartir entre los tres socios primitivos. La reconciliación de este modo efectuada convenía al objeto inmediato de permitirles emprender de acuerdo la expedición. Pero no era mas que una cicatriz muy leve la que cubría la herida, que, profunda y enonada por dentro no esperaba mas que un nuevo motivo de irritación, para abrirse con violencia mas fatal que nunca (1).

No se perdió después de esto un solo instante en preparar el viaje, que era sin embargo muy poco popular entre los colonos de Panamá, porque estos sabían demasiado bien los trabajos que se habían sufrido en las anteriores expediciones para querer tomar parte en otra, á pesar del rico cebo que se les presentaba. Algunos de los que compusieron la anterior expedición se convinieron á seguir la aventura hasta su término; y se recogieron algunos dispersos mas de la provincia de Nicaragua, alonia que, como lo observaremos de paso, era una rama de la de Panamá. Pero Pizarro aumentó muy poco las fuerzas que consigo había traído de España, aunque el cuerpo que ahora mandaba estaba mejor provisto de armas, municiones y de equipo en general que sus antiguos compañeros de aventuras. El número total de estas fuerzas no pasaba de ciento ochenta hombres; con veintisiete caballos para la caballería. Habíase proporcionado tres buques, dos de ellos de buen tamaño, porque los que lo trajeron de Europa tenían que quedarse al otro lado del Istmo en Nombre de Dios; armamento en todo muy corto ciertamente para la conquista de un imperio, y muy inferior á lo pactado con la corona. Con él sin embargo se proponía el intrépido jefe empezar sus operaciones, confiando en su buena estrella, y en los esfuerzos de Almagro, que debía quedarse en Panamá por ahora, para reunir refuerzos (2).

El día de San Juan Evangelista se bendijeron el estandarte real y la bandera de la compañía en la iglesia catedral de Panamá, predicó un sermón en presencia del pequeño ejército Fr. Juan de Vargas, uno de los dominicos destinados á la misión del Perú, se celebró una misa, y se administró el sacramento de la comunión á todos los soldados que iban á tomar parte en la guerra contra los infieles (3). Invocada así so-

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1529.—Relacion del primer descub., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. III.—Oviedo Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. I.

Parece que en el fondo había poca concordia entre los confederados. «El padre Luque, compañero de estos capitanes, dice Oviedo, con cuya hacienda hicieron ellos sus hechos, puesto que el uno é el otro se lo pagaron con ingratitude, según á mí me lo escribió el mismo electo de su mano.» Ibi-dem, loc. cit. con adición de que el padre Luque le regaló un caballo.»

(2) El cálculo numérico varia según costumbre. Yo sigo la opinión del secretario de Pizarro, Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 182.

(3) «El que habiendo hecho bendecir en la iglesia mayor

lemnemente la bendición del cielo en favor de su empresa, Pizarro y los suyos se fueron á bordo de sus buques, y en los primeros días de enero de 1531, salió aquel hombre singular del puerto de Panamá á emprender su tercera y última expedición para la conquista del Perú.

Su intención era gobernar en línea recta para Tumbez, que desplegó tan magníficos tesoros en su viaje anterior. Pero los vientos de proa y las corrientes frustraron su plan; y después de una navegación de trece días, mucho mas corta de lo que se acostumbraba antes, su pequeña escuadra fundeó en el puerto de San Mateo, como á un grado al Norte de la línea. Aquí Pizarro, después de consultarlo con sus oficiales, resolvió desembarcar sus fuerzas y seguir el viaje por tierra á lo largo de la costa, mientras que los buques seguían su rumbo á una distancia conveniente de la orilla.

La marcha del pequeño ejército fue escesivamente penosa; porque constantemente se hallaba cortado el camino por arroyos que, hinchados por las lluvias del invierno, se convertían en su embocadura en anchas lagunas. Pizarro, que ya tenía algun leve conocimiento del país, iba de guía y de comandante á un tiempo mismo. Siempre estaba dispuesto á prestar su auxilio donde se necesitaba, estimulando á los suyos á que vadesen ó pasasen á nado los torrentes como mejor pudiesen, y animando á los abatidos con el ejemplo de su alegría y de su indomable valor.

Por fin llegaron á un caserío muy poblado, ó mas bien una ciudad, en la provincia de Coaque. Los españoles sorprendieron inmediatamente este punto, y los habitantes, sin tratar de defenderse siquiera, huyeron aterrados á los próximos bosques, dejando en manos de los invasores sus efectos que tenían mucho mas valor de lo que se esperaba. Los invasores, como dice con candor inimitable uno de los conquistadores, cayeron sobre ellos antes que estuviesen prevenidos, porque de estarlo no se hubiera encontrado en el pueblo tanto oro y piedras preciosas (4). Según otro escritor, los indios se quedaron voluntariamente en su pueblo, porque como no habían hecho daño alguno á blancos, se lisonjearon con la esperanza de que ninguno se les haría, y que solo había con los extranjeros un cambio de servicios mútuos (5); esperanza que se fundaba quizás en la buena opinión que habían dejado antes los españoles, pero que ahora vieron defraudada de un modo muy desagradable los sencillos indígenas.

Penetrando en las desiertas chozas, los invasores encontraron, además de tejidos de varias clases y alimentos muy agradables en medio del hambre que estaban sufriendo, una gran cantidad de adornos toscamente trabajados de oro, y plata, juntamente con muchas piedras preciosas; porque esta era la región de las esmeraldas, donde abundaban estas. Una de las esmeraldas que cayó en manos de Pizarro, era del tamaño de un huevo de paloma. Por desgracia sus ignorantes compañeros no conocían el valor de su presa, y destrozaron muchas piedras preciosas machacándolas á martillazos (6). Dícese que quien los

las banderas y estandarte real día de San Juan Evangelista de dicho año de 1530, y que todos los soldados confesasen y comulgasen en el convento de nuestra Señora de la Merced, día de los Inocentes en la misa cantada que celebró con toda solemnidad y sermón que predicó el P. Presentado Fr. Juan de Vargas, uno de los cinco religiosos que en cumplimiento de la obediencia de sus prelados y orden del emperador pasaban á la conquista.» Naharro, Relacion sumaria, MS.

(4) «Pues llegados á este pueblo de Coaque dieron de súbito sin sabello la gente del, porque si estuvieran avisados no se tomara la cantidad de oro y esmeraldas que en él se tomaron.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(5) Herrera, Hist. general, dec. IV, lib. VII, cap. IX.

(6) Relacion del primer descub., MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. IV.